

AL MARGEN DE LOS DIAS

Y ERO

POR RAMON VASCONCELOS

dic 16/4 ✓

En el Parque de los Pedagogos

HACE alrededor de quince años se inició una colecta entre el magisterio para erigir sendos bustos a los precursores del movimiento pedagógico y organizadores de la enseñanza pública en Cuba, después de la Guerra de Independencia, dentro del concepto democrático que inspiraría luego todas las instituciones republicanas. Me refiero a Mr. Frye y Mr. Hanna. Se recaudó una gruesa suma, según parece. Pasaron los años, mermó la suma, y cuando nos hicimos cargo del ministerio de Educación, encontramos unos cuatro mil quinientos pesos, que quisimos aplicar inmediatamente a los fines consiguientes. Pensamos sacar las obras a concurso, después comprendimos que era preferible escoger a los artistas para no perder demasiado tiempo, por último decidimos ampliar a cuatro los bustos y aumentar la cifra de modo que cada uno de ellos

costase mil doscientos pesos. Llamamos a los escultores de «San Alejandro», profesores los cuatro, los cuatro artistas notables ya consagrados por una obra meritisima: Ramos Blanco, Boada, Gelabert, Casagrán. Entendíamos que el cuadrilátero de precursores no estaria completo sin Yero y sin Borrero; por eso ambos educadores fueron incluidos. Faltaban los elementos de información gráfica. Hubo que recurrir a fotografías, algunas deficientes, y a datos suministrados por familiares de los cubanos y personas relacionadas intimamente con los norteamericanos.

Esto ocurría en julio del presente año. Ahora, a mediados de diciembre, estamos pagando ya la deuda de gratitud con Frye, Hanna, Yero y Borrero.

Volvamos a 1899. Era un despertar de Cuba entre dos luces. Las luces mortecinas del agonizante siglo XIX y la alborada jubilosa del siglo XX. El país, sin noción exacta del cambio, tenía sin embargo la intuición de su nuevo destino y se entregaba con ingenua esperanza a la cicatrización de sus heridas, a la reconstrucción de su vida económica, al olvido de las horripilantes escenas de la Reconcentración. Vestidas de prisa para que entraran con decencia en las ciudades que acababan de evacuar las fuerzas españolas, las huestes insurrectas —machete al cinto, sombrero de yarey, gesto cordial, tricolor en alto— eran portadoras del mensaje de paz y bienandanza del nuevo estado de cosas. Los interventores norteamericanos, por otro lado, arrojaban sobre los muelles toneladas de víveres para saciar el hambre de una población aniquilada por el bloqueo y montañas de pupitres, libros, bloques, encerados, para librar una memorable campaña contra el analfabetismo. Frye y Hanna fueron los mariscales de aquella ofensiva victoriosa contra la crasa ignorancia colonial y sus retrasados sistemas de enseñanza. Desde aquel momento el hijo del pueblo, antes preterido u olvidado como factor social, tuvo escuela propia, maestro propio, medios pedagógicos propios.

Cuando la República eligió a su primer presidente, fue un maestro de escuela el escogido por la masa ciudadana. Y aquel maestro de escuela, para resumir su programa de gobierno, hizo una frase que ha pasado a la posteridad: «Más maestros que soldados».

El primer secretario de Instrucción Pública se llamaba Eduardo Yero Budién. Mucha confianza debía tener don Tomás Estrada Palma en su celo, en su capacidad administrativa, en su patriotismo, para entregarle lo que a su juicio era la más importante cartera del bisono gabinete republicano. Yero correspondió al honor que le dispensaba su gran amigo y a la fe que el pueblo había puesto en su actuación oficial. A la hora de escoger entre el cargo de responsabilidad docente y el de carácter genuinamente político, como era entonces la secretaria de Gobernación, dejó las escuelas en manos del general Fernando Freyre de Andrade y tomó las riendas del único departamento que podía evitar la catástrofe del moderantismo, ya prevista y provocada por los pronunciamientos opositoristas. Agotado por una labor dilatada y sin tregua, Yero murió el 26 de agosto de 1905. Tenía cincuenta y tres años justos, pues había nacido en Bayamo en 1852.

Hablaremos de Yero.

Cuando Carlos Manuel de Céspedes entró en Bayamo, para incendiarlo antes que entregarlo al enemigo, como primer tributo del patriotismo cubano a la causa libertadora, Eduardo Yero, que era un estudiante de segunda enseñanza, se le unió. Su profesor, Florencio Vilanova, que también acababa de sumarse a las huestes insurrectas, le dictaba sus artículos fogosos de «El Cubano Libre» para que los parara en tipos de imprenta. Aquella fue la escuela de periodismo de quien más tarde se haría temible por sus encendidos panfletos.

En 1875, hallándose en activa correspondencia con Estrada Palma, cayó un importante convoy en poder de los cubanos. Yero fue acusado de conspiración y preso. Con cuarenta cubanos más, amarrado y entre bayonetas, fue conducido hasta Punta Gorda, sitio en que había sido capturado el convoy. Iban a pasarlo por las armas. Se formó el cuadro. Yero, obediente a una voz de mando, dió varios pasos al frente. En unos minutos todo terminaría... Pero el pelotón —se ignora todavía por qué— suspendió la ejecución. Y Yero ingresó en la cárcel de Manzanillo, de la que salió poco después, en libertad. No habían terminado las agresiones coloniales. Yendo de regreso hacia Bayamo, tuvo la confidencia de que el brigadier Campillo le había puesto una emboscada para ahorcarlo. Retrocedió a tiempo; pero si había escapado de la muerte, no escaparía de la deportación a la Isla de Pinos. Tampoco allí desmayó su fervor revolucionario. Acusado y preso por formar parte de una conspiración, volvió al encierro. En libertad de nuevo, se le confió la secretaría del Ayuntamiento; posición que utilizó para prestar grandes servicios a los deportados cubanos. En 1878 lo encontramos de corresponsal de «El Triunfo» y «El País» de la Habana y «El Demócrata» de Madrid y de maestro público y privado.

Retornó a Bayamo en 1886. Los ánimos estaban prostrados. Como consecuencia lógica de diez años de sacrificios indecibles, los cubanos habían caído en un estado de abatimiento, de pesimismo, que hacía parecer imposible todo futuro intento de redención. Yero, impetuoso, infatigable, se lanzó solo a la propaganda liberal, tocó a todas las puertas, contagió con su coraje a los tímidos, atrajo a los decididos y, con asombro de las autoridades, dió un mitin que hizo época, en que por primera vez habló en público y defendió las ideas liberales. Fue tan cálida su peroración, tan valiente su gesto, que desde aquel instante los bayameses se entregaron al rescate de sus derechos políticos y a la conquista de la opinión pública. La reacción que se produjo en el resto de Oriente fue inmediata. Al año siguiente se le confió la dirección de «La Voz del Pueblo» de Manzanillo, que pronto cedió el sitio a «El Triunfo», órgano del comité autonomista oriental, fundado y dirigido por el propio Yero, con absoluta independencia de la Junta Central de la Habana. Considerando tibio el comité local, rompió con él y se dió por entero a una propaganda cubana, que duró hasta 1895, en que el diario dejó de publicarse; pero ya estaba preparado el terreno para la campaña revolucionaria que se desataría.

Había que pelear. Salió hacia «Perseverancia» para ponerse en contacto con Guilleramón. La entrevista se frustró y tuvo que embarcarse para Santo Domingo. Nuevas batallas, nueva gestión separatista, nuevos intentos expedicionarios y nuevos fracasos. Fracaso de la expedición de junio del 95 en Jamaica; fracaso de la expedición de Wilmington y prisión junta al general Carrillo; fracaso de la del Delaware, apresada en Inagua por un buque de guerra inglés y trasladado a Nassau del contingente expedicionario, en calidad de preso de la del Hawkins, de la del Bermuda.

Estrada Palma lo llamó a Nueva York para que desempeñara la secretaría privada de la Delegación. Allí se conocieron mejor, de allí surgió una amistad que nunca se entibió, sino que, al contrario, cada vez se hizo más firme.

Conviene tener en cuenta que cuando estalló el movimiento de Baire, Yero era diputado y vocal de la comisión permanente de la Diputación de Santiago de Cuba por Baracoa, presidente de la Sociedad de Escritores y Artistas y de la de Heredia y director propietario de «El Triunfo». Todo esto, que significaba preeminencia social e influjo político, lo abandonó para dedicarse a la libertad de su patria.

En mayo del 96 ocupó el puesto de secretario privado de la Delegación que estaba vacante por la muerte del inolvidable Manuel de la Cruz. Unas veces en la propia delegación de Nueva York y otras en la dirección de «Patria», presta eminentes servicios a la Revolución. Termina la guerra. Yero es nombrado secretario del primer Ayuntamiento constituido en Santiago de Cuba después de la Intervención. Con don Emilio Bacardí, que era alcalde, organiza la instrucción primaria en la ciudad, y aunque funda y mantiene el Partido Liberal de Oriente, deja la secretaría del Ayuntamiento por la de la junta de Educación para estar más cerca de la escuela. Al promulgarse la llamada Ley Frye, se le nombra inspector provincial de escuelas de Oriente —de 1899 a 1900— y cuando se pone en vigor la de Hanna, se le asciende a superintendente—1901—, hasta que el Gobierno interventor lo nombró Superintendente General. En los últimos días de la intervención ocupa el cargo de Comisionado de Escuelas. Llamado por don Tomás de Instrucción Pública, la desempeña allí hasta la huelga general de 1903; huelga famosa que exige la acción de un hombre enérgico. La energía se llamaba entonces Eduardo Yero Buduén. Pero ya estaba rendido, enfermo, herido de muerte.



POR LA ESCUELA CUBANA EN CUBA LIBRE

Ese es el gran cubano cuyo busto develamos como un homenaje a su memoria. En la tribuna Yero era una catapulta. Su ataque era directo y a fondo, supliendo con la audacia del lenguaje y la valentía del dieterio las galanuras que otros cultivaban. En la "Evolución de la cultura Cubana" se le describe así: "Mente luminosa, carácter de acero, pluma castiza, reciamente forjada para el combate, como espada toledana, y palabra que sin la polifonía del arte oratorio, tan sugestiva e imperiosa como su pluma de prosista clásico y satírico, a lo Juan Montalvo, Eduardo Yero Buduén figuró, con su inolvidable periódico "El Triunfo", en la extrema izquierda del autonomismo colonial, con latente espíritu separatista... Montado en la tribuna, le acometía la alucinación de que estaba a caballo, a pesar de que le tiraban de la brida.... A Yero Buduén, por su labor patriótica y cultural, se le citará siempre, en nuestra historia, como adalid de los ideales cubanos y ejemplo de ciudadano y periodista".

Modelo de su manera tribunicia es el discurso pronunciado en Nueva York el 10 de octubre de 1896. En él se queja de la falta de cooperación de las repúblicas americanas, señala con amargos deijos la soledad de los revolucionarios cubanos y pinta el egoísmo de los compatriotas ricos con estas palabras, en que no se sabe qué es más hiriente, si la sátira o la condenación. "También observo — dice Yero en su discurso— que están en desdenoso alejamiento de nosotros o nos dispensan el favor de nuestros colaboradores a hurtadillas y por dosis homeopáticas, la mayor parte de aquéllos que acaricia con sus dones la fortuna; al revés de lo que acontece en las remotas Filipinas, donde van a la batalla y a la prisión y al cadalso los poderosos y opulentos. Atentos nada más que al ruido sonoro de las transacciones mercantiles, se llevan atrás la mano con la bolsa oculta y toman toda clase de precaucio-

nes, para que no se les niegue hoy o mañana un puesto al abrigo de la bandera española. Harto hacen con venir aquí a pasar trabajos, a comer el duro pan del emigrado... en cómodos hoteles o en regocijadas cenas en que no se obsequia a Cuba, que no es la dama de sus pensamientos; a sufrir los rigores del frío... en la ópera, envueltos en magníficos gabanes. Así oponen a la Revolución su inercia, su resistencia pasiva; y no piensan que no hay garantía posible en un país en que no caben más que relaciones de fuerza entre dominadores y dominados; no recuerdan que los nobles de Francia no quisieron despojarse de sus privilegios y los perdieron con las propiedades, y no salvaron sus cabezas; no calculan que está en su conveniencia que se concluya pronto un estado de cosas violento que nos arruina, y que contribuir a poner término con el rápido triunfo de la Revolución es trabajar por la paz y proteger la riqueza amenazada. ¡Qué hemos de hacerle! ¡Bien hayan esos ricos tan pobres como diría el señor Varona, tan pobres de espíritu y tan duros de corazón, que sólo se les ablanda a las doradas perspectivas de la zafra y de las monedas que afluyen a sus cajas y los incitan a hacer, en honor de placeres que no vacilarían en apurar en consorcio con el déspota que los envilece, sus libaciones en la copa de todas las afrentas!" Ese era el estilo. Y como el estilo es el hombre, Yero fue en sus catilinarias como en todas las manifestaciones de su carácter: recio e intenso, apasionado en el combate y puro en sus intenciones.

Al honrar a estos hombres insignes estamos honrando a la República, que tanto les debe, y a la escuela, que no olvida sus amentes servicios.

Muchas gracias a todos.

Pais, die 16/42



INOMI... DOCUMENTAL

DEL HISTORIADOR... LA HABANA